



Revista No. 2
II semestre
Guayaquil, Ecuador
octubre 2020
ISSN: 2697-3596

Contrapunteos

ILIA

Instituto Latinoamericano
de Investigación en Artes

Fue el antropólogo y musicólogo cubano Fernando Ortiz quien descubrió la potencialidad teórica del término contrapunto: de allí el título de su célebre *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*.

Haciendo uso de ese concepto, esta sección admite voces múltiples, voces que se escuchan al mismo tiempo. El propósito: observar desde ángulos diversos una problemática urgente.

Para esta edición especial hemos considerado el tema “Ciudad y pandemia: Escrituras de la catástrofe”. Con miras en la tragedia vivida en la ciudad de Guayaquil entre marzo y abril del 2020, recurrimos a tres artistas/actores culturales que tienen una fuerte relación con la ciudad y que la han trabajado desde la sensibilidad artística y la memoria histórica y afectiva.

Invitamos a María Auxiliadora Balladares, Jaime Núñez del Arco y Carlos Terán para realizar un ejercicio de escritura colaborativa que emula el *cadáver exquisito* creado por los surrealistas y que consistía en realizar un escrito¹ colectivo simultáneo en el cuál lxs participantes no conocen el contenido precedente. Les planteamos la siguiente pregunta pensando en cinco conceptos que a nosotrxs nos resultan claves para comprender los acontecimientos.

¿Cómo reacciona la sensibilidad artística ante la catástrofe ocasionada por el covid19?

Conceptos clave: Proceso artístico, registro, afectos, memoria y ciudad.

¹ Este texto fue escrito a 6 manos el viernes 03 de julio de 2020 a las 18:00 y su realización fue registrada en video.

María Auxiliadora Balladares

Si el cuerpo y el pensamiento no pueden separarse, si responden a un mismo aliento que produce una expansión simultánea por mutua afectación, habría quizás que pensar en este par como el contrapunto primero, el contrapunto atávico. ¿Qué le pasa al pensamiento cuando el cuerpo sufre? ¿Qué potencia del pensar activa el dolor? ¿Qué formas del discurso se despliegan para dar cuenta de lo inenarrable acontecido en Guayaquil en los cuerpos de tantos, en los cuerpos de todos? ¿Puede el habla, ese espacio liminal entre cuerpo y pensamiento, referir algo que se corresponda, que sea fiel al acontecimiento? No sé. No creo. Aquí quizás cabe balbucear, no hablar. El balbuceo, en tanto fenómeno físico concreto, no es la representación del acto de dudar, sino del acto de devenir. El balbuceo también podría ser el sonido de un cuerpo doliente, de un cuerpo que sufre por otro cuerpo o por la muerte. Todo lo que he leído en estos meses de encierro es un coro de voces balbuceantes; todo lo que he oído es un balbuceo imparable porque la pandemia no deja de acontecer un segundo. Acontece mientras dormimos, se toma el espacio de nuestros sueños y nos somete. Yo he balbuceado ante la constatación de que mi tía cayó con la enfermedad. Mi tía Judith de 76 años sobrevivió al COVID-19 y su vida ahora me resulta lo más parecido a un milagro. Su voz de mujer anciana se parece más que nunca a la voz de una niña, porque les niñas son los llamados a sobrevivir en las catástro-

fes. He llorado ante la imposibilidad de viajar a Guayaquil para sacar a mi madre de su casa y traerla a la mía en Quito. De impotencia ante la potencia de ella, porque no quiso salir de su casa y sobre esa decisión no cabía discutir. La he mirado en su soledad a través de la pantalla, y he sido capaz de decirle muy poco. El discurso se quedó sin sus fórmulas. No sé ahora cómo consolarla cuando llora. Solo puedo llorar con ella. Desde mi propia soledad. Mi nueva soledad. Quizás hablo de ellas, de mi tía y de mi madre, de sus vidas, porque eludo el horror de la muerte. Y, sin embargo, habría que nombrar a los muertos, nombrarlos uno por uno, escribir sus nombres sobre piedras, para que esas piedras nos recuerden que en Guayaquil la gente murió a causa del virus, pero también a causa de la negligencia y de la estupidez de aquellos en el poder. Pienso que esas muertes no dejarán de acontecer. Los cuerpos perdidos, enterrados en cualquier parte, hacen de Guayaquil entera un gran panteón. Los muertos sostienen ahora, más que nunca, nuestros pasos por la ciudad.

Quedan los cuerpos de los vivos para los rituales por los cuerpos de los muertos. Y entonces mi balbuceo se mueve al ritmo de los cuerpos amados. Agradece la presencia, el gesto mínimo. O el gesto magnámico. Hay tres eventos que han nacido del dolor y se han convertido en las expresiones más bellas del amor, mismo de la alegría en estos tiempos en que ser alegres ha sido un acto casi imposible, casi impúdico. El primero: Tati me invitó a su taller para imaginar futuros posibles y cada sesión de ese taller, cada encuentro era en sí mismo una forma del futuro, una forma que quisiera darle al futuro:

solidario y sin tragedia. Y en ese taller he retomado la escritura del poema a mis perros, mi “fiel amigo” y mi gato, mi niño caballo y mi niña arveja. De ellos quisiera su olfato, Tati. El segundo: el puño. Qué sería de mí sin mis amigos, para parafrasear a Gómez Jattin. Ellas — Martu, Dani, Gabi y Flo— le dan sentido al baile y a la risa. Y con ellas ha sido posible volver a creer en la potencia de la vida, perder el miedo. El puño es mi pastor, nada me falta, parafraseando a Montalbetti, que parafrasea el salmo. El tercero: la existencia en este mundo, la existencia —lejana como el océano y concreta como los huesos que sostienen mi cuerpo— de Mar. ¿Cómo es posible un encuentro del tamaño del universo en la mitad de una pandemia mundial? ¿Cómo es posible un encuentro así a miles de kilómetros de distancia ella de mí y yo de ella? Nada hay más bello y doloroso que el nacimiento. Ante estos encuentros que encierran el absoluto sin que una sepa bien cómo, cabe solamente pensar con el cuerpo. Cabe pensar con el cuerpo que balbucea, con las manos que se mueven inquietas. Cada uno de estos tres eventos son los pilares de mi pospandemia, de mi cuerpo y mi pensamiento en ese espacio liminal que es el habla, de la vida que nace ahí donde se la espera, pero también en lugares y en tiempos insospechados. Como esos pajaritos que, en el cuento de Di Benedetto, nacen en espacio cóncavo del cráneo del caballo que ha muerto en el salitral. Gracias, mis gracias siempre balbuceantes, por hacerme entender que, a tanta muerte y dolor, a esta política del mínimo contacto, le tiene que seguir la imagen de los cuerpos ardiendo entre las manos.

Jaime Núñez del Arco

Este texto me llena de dudas. Como nunca. Fui invitado a escribirlo desde mi puesto como editor en [Terminal](#), sello dedicado a publicar artistas ecuatorianos y latinoamericanos. Dudas, porque siento que mi trabajo como editor ha sido breve y de alguna manera, precario. Dudas, porque no soy únicamente editor. Mi práctica como diseñador gráfico, artista visual, columnista y gestor me ha permitido generar diversas visiones alrededor de lo que hemos vivido los últimos meses. Mi vida como hijo, padre, hermano, novio, muchas más. Siento entonces que, como ‘editor’, me quedo corto para enfrentar la pregunta que este ejercicio plantea.

Ataco entonces al texto como gestor, y posiblemente, como ejecutivo de ventas: Terminal es una editorial que arrancó a inicios de 2019. Un nuevo proyecto nacido de un viejo sueño. Hasta diciembre pasado, publicamos 12 libros y viajamos a varias ferias alrededor del mundo. La pandemia, claro, detuvo las imprentas, los aviones y nos parqueó en casa.

Hasta ese momento, mi territorio era Guayaquil. Pero tres días antes de decretarse la cuarentena, cuando nadie imaginaba aun lo que venía, metí todo en una maleta y me fui a vivir a Quito. Este detalle es importante porque los últimos cuatro meses estuve lejos de mi familia, encerrado a la fuerza y a varios cientos de kilómetros de lo que siempre conocí como

mi casa. Lejos de mis amigos, el río, el centro, las cervezas heladas y la noche de mi ciudad. Las dudas, victoriosas, tomaron el control.

Abro un breve, pero esencial, paréntesis: a pocas semanas de iniciada la pandemia, mi papá falleció. Es importante porque, más allá de lo personal, ese momento extraño, oscuro y lleno de neblina me empujó a lanzar [DistANSIAS](#).

Tuve en la universidad una profesora bastante mediocre que repetía permanentemente que «hay que utilizar los problemas para ser más creativos». Cada vez que empiezo con un nuevo proyecto, río al recordar ese mantra del mundo publicitario. De alguna manera, [DistANSIAS](#) surgió de un momento muy triste, así que posiblemente haya algo de verdad en esa mulletilla.

Debí explicar antes de qué trata este proyecto que nació entre libros y pérdidas. Es realmente sencillo: invitamos a artistas latinoamericanos, viviendo en el continente o en la diáspora de los Estados Unidos o Europa, para generar un documento, con un número limitado de páginas, gratuito y descargable en formato PDF. El objetivo es construir una suerte de visión ampliada sobre la práctica artística durante el confinamiento. Más allá de los objetivos editoriales, quería sentir —quiero sentir— una conexión entre todos estos creadores, tan distintos entre sí, y cómo navegan entre la duda y la esperanza de esta época extraordinaria.

Propuestas tan disímiles como los afiches/memes políticos de la diseñadora guayaquileña [Erika](#)

Coello, las íntimas fotografías desde pantallas de computador del mexicano [Alessandro Bo](#) o el mínimo jardín / instalación de piedras levantado por [Luis Chenche](#), ecuatoriano radicado en París, son registros de artistas emotivos y motivados. Gente con ánimo de gritar que están presentes, que la pandemia no los calló. Su memoria, recuerdos, dolores y ansias se hacen presentes entre esas páginas.

Los números de la pandemia bajan, pero las ganas de publicar siguen atacando. Imagino que, finalmente, sí soy un editor. Ese virus que me obliga a seguir imprimiendo en tinta o en pixeles no se va. [DistANSIAS](#) sigue su camino y, por ahora, tenemos publicaciones en agenda hasta septiembre. Las dudas vuelven a cada tanto, pero hoy las distancias se acortaron: estoy en el centro, de frente al río y al viento. Otra vez, Guayaquil es mi destino.

Carlos Terán

De asmático. Luego dijo que había muchas comas y que eso probablemente definiría mi caminar. Acto seguido, llegó la noticia. Era el 21 de marzo y todo había sido decretado en el oscuro y dilatado aislamiento. Apenas contaba con una llave y la llamada me decía que apresure el paso. ¿Apresurar el paso para qué?

Caminar se volvió una seguridad de Estado, y llegar a su casa parecía un reto de espías. Toqué el timbre, y en efecto, nadie respondió. Abrí la puerta y caminé directo a la habitación. Acostado, ya no estaba ahí. Me senté a su lado y llamé: 171.

Nada.

171.

Nada.

171.

Nada.

171.

Escribí un mensaje. Cuando escribo mensajes bajo los efectos de la ansiedad, las comas empiezan a saltar. Pareciera que los puntos desaparecen y que no hay nada más importante que seguir. Mi hermana me responde. Me dice que espere. Mi hermana me dice que no le ametralle con frases y comas.

¿Esperar qué?, le pregunté.

Llamé: 171.

Nada.

171.

Nada.

171.

Nada.

171.

Esperé en Guayaquil. En una habitación. Y empecé: Desnudar el cuerpo de un anciano. Lavarlo con paños húmedos y alcohol. Buscar camisas, pantalones. El peso del cuerpo es atraído mucho más por la gravedad. Vestirlo.

Peinarlo.

Perfumarlo.

¿Esperar?

¿Esperar qué?

Llamé: 171.

Nada.

171.

Nada.

171.

Nada.

171.

Alguien puso, escribió y compartió el mensaje. Decía que estábamos esperando el retiro del cuerpo. Apenas había enviado unas palabras. Apenas unas comunicaciones. El sistema *online* no sirve de mucho cuando de actas de defunciones se trata.

Preparé un desayuno. Los megas del teléfono apenas duraron dos días, y el abuelo, mucho no gustaba del internet. Tenía un servidor, pero ya no podía preguntarle por la clave. Las noticias se sucedieron y las cifras subieron, la incertidumbre se hizo presa en los medios. La academia empezaba a circular sus primeras

reflexiones que, francamente, en ese momento poco o nada importaban.

Llamé: 171.

Nada.

171.

Nada.

171.

Nada.

171.

Mi hermana volvía con sus mensajes. Que cómo estábamos, que si acaso nos hacía falta comida, que si teníamos luz, que si el alcohol, que los jabones. Con un cálido emotición de corazón concluía que lo mejor sería que me lavara las manos. Le pregunté la razón de que conjugara todo en plural. El abuelo ya no está. Claro que está, está ahí, aseguraba. Y en efecto, ahí estaba. Mientras escuchaba un *voicenote*, me pedía que lo despidiera. El perfume poco a poco daba paso a un aroma del cual apenas me he podido separar. El aroma de su dilatada despedida hacía inextinguible su presencia.

Llamé: 171.

Nada.

171.

Nada.

171.

Nada.

1-7-1.

Otro mensaje. Otro día. Mismo aroma. Decidí cerrar la puerta de la habitación. Dormí en la sala de una lejana casa de niñez. Recorrí fotos, silencios, objetos y licores. El aroma de su dilatada despedida fue esparciéndose.

Poco o nada pude hacer. Tomé el auto. Salí. Alguien me escribió que, si esto fuera un filme, estaríamos en presencia de una mezcla de Haneke, en historia de George Romero con narrativa de Jim Jarmusch en comedia. El mix no me parece nada despreciable, pero necesitaba sacar un cuerpo. Hacerme un examen.

Llamé: 1-7-1.

...

1-7-1.

...

1-7-1.

...

1-7-1.